

EL LUGAR DE LAS FUERZAS ARMADAS EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Miguel Alonso Baquer

General Secretario Permanente del IEEE.

Las Fuerzas Armadas —todas las Fuerzas Armadas en general o una fuerza armada en particular— ocupan un lugar, por ejemplo, en la historia del Derecho Constitucional, en los programas de los partidos políticos o en los sectores de la opinión pública de su propio país. Los rasgos favorables o desfavorables del lugar asignado, de manera difícil de evitar, acompañan a unos juicios de valor que tienden a permanecer estáticos e inalterables. Sólo un cambio de la coyuntura —una declaración del estado de guerra o la apertura de una crisis revolucionaria— propicia una alteración del papel que cada uno atribuye al sector militar de la sociedad. Pero una vez vueltas las aguas a su cauce —es decir, una vez recuperada la normalidad—, las gentes comunes, los dirigentes políticos y los profesores de Derecho Constitucional suelen retornar a la que fue para ellos postura inicial y desde ella vuelven a manifestar sobre los miembros de las Fuerzas Armadas las mismas actitudes que venían ofreciendo antes de aquella guerra o de aquella revolución.

Aquí y ahora, no nos vamos a referir ni al lugar de las Fuerzas Armadas en las constituciones, ni en las ideologías, ni en los medios de comunicación social, sino a otra cuestión que considero más decisiva. Este análisis apunta hacia los creadores de la Sociología contemporánea. Pensar, razonar o sentir acerca del sector militar de las sociedades contemporáneas es algo relacionado con la siembra de interpretaciones realizada durante los dos últimos siglos por los padres fundadores, por los grandes maestros y por los notables teóricos de las Ciencias Sociales.

Los sociólogos, —los conocedores de la realidad social merced a la aplicación de un método riguroso— no nos dicen sólo lo que está vigente en el centro de la vida en sociedad de su propio tiempo. Tienen una pretensión de mayor alcance como intérpretes, primero, de la historia universal —no sólo de la contemporaneidad— y, segundo, del horizonte previsible a medio y a largo plazo. En este doble juego de historiar y de profetizar, los grandes sociólogos, —los sociólogos sistemáticos y no los artesanos de una glosa parcial de algunos datos— se convierten, de hecho, en inspiradores de actitudes tan generalizadas como durables.

Ahora bien, hay que partir del supuesto de que las obras de los creadores de la Sociología contemporánea, a largo plazo, desvelan un profundo desacuerdo entre ellos mismos que, a mi juicio, puede subrayarse apelando a dos criterios de muy diferente naturaleza —el criterio temporal y el criterio conceptual—.

En cuanto al tiempo hay que decir que no es lo mismo haber sido un padre fundador de una ciencia nueva en los años centrales del siglo XIX, que un gran maestro de sociología a caballo entre los dos siglos o que ser, actual o recientemente, un notable teórico social que se ha acreditado después del desenlace de la Segunda Guerra Mundial.

Los padres fundadores fueron optimistas respecto al cambio social. Según sus escritos, siempre se cambia, —con violencia o sin ella— para estar mejor. Las Fuerzas Armadas tienden a ser descritas como elementos residuales que se resisten al cambio modernizador. Los grandes maestros han sido pesimistas respecto al mismo cambio, no porque a los últimos cambios les hubiera acompañado el sufrimiento sino porque, a su juicio, nadie puede saber con certeza en qué sentido se debe cambiar ni a cargo de qué tipos de personalidades convendría intentarlo. Las Fuerzas Armadas, aquí, entre los grandes maestros, deberían ser desdobladas para ponerse cada cual no se sabe bien si a favor de las minorías selectas o a favor de las masas amorfas cuando el tiempo histórico vuelva a acelerarse. Los notables teóricos, finalmente, parece que acaban de recuperar una parte del optimismo perdido entre los años 1917 y 1945. Tienden a concluir que el cambio más aceptable es sólo el cambio de estrategia, es decir, un cambio donde se tenga presente para las nuevas Fuerzas Armadas una cierta función moderadora de los extremismos en el ámbito de las relaciones internacionales.

En cuanto a lo conceptual las diferencias de criterio entre los padres fundadores, los grandes maestros y los notables teóricos de la Sociología contemporánea tienen una raíz altamente personalizada. Cada científico social viene de una filosofía diferente e incluso procede de unas creencias, de unas esperanzas y de unas dilecciones francamente diversas. Cada nombre y cada obra viene, incluso negativamente, del rechazo de alguna de las filosofías vigentes en el entorno que les vio nacer. Son, todos y cada uno de los que vamos a citar, el fruto de la aceptación sutil y quizás inconsciente de alguna forma de increencia, de desesperanza y de enemistad. Cada obra es una obra crítica que revela una perspectiva nueva y que, a veces, reúne discípulos y seguidores.

Unos sociólogos subrayan ante todo la realidad de los conflictos, algunos menos el poder de las élites y otros pocos la asunción de las funciones fundamentales. Existen pues, implícitas en la tarea de buscar el lugar de las Fuerzas Armadas en las Ciencias Sociales:

- a) Una «escuela dialéctica», que se sitúa en el marco de una teoría sociológica del conflicto, cuyo padre fundador fue K. Marx, cuyo gran maestro ha sido E. Durkheim y cuyo último notable teórico está siendo, respecto a las Fuerzas Armadas, Gaston Bouthoul.
- b) Una «escuela elitista», que aparece en el marco de una teoría del poder, cuyo padre fundador fue A. Tocqueville, cuyo gran maestro ha sido V. Pareto y cuyo más notable teórico para nuestro objeto está siendo R. Aron.
- c) Finalmente, una «escuela funcionalista» que se arraiga en el marco de una teoría de la acción cuyos padres fundadores fueron A. Comte y H. Spencer, cuyos grandes maestros han sido M. Weber y T. Parsons y cuyos recientes notables teóricos en materia militar están siendo M. Janowitz y R. Dahrendorf.

El estudioso, en definitiva para ser claro y riguroso, siempre habrá de estar en condiciones de volver hacia clasificaciones más matizadas donde cada autor resulte adscrito a lo que verdaderamente fue en el conjunto de las Ciencias Sociales además de padre fundador, o gran maestro o notable teórico. No hay un único lugar para las Fuerzas Armadas en la teoría sociológica sino una serie de lugares que los padres fundadores vinculan respectivamente, al positivismo, al historicismo, al materialismo y al evolucionismo; que los grandes maestros relacionan con el estructuralismo, el formalismo, el elitismo y el funcionalismo y que los notables teóricos refieren al conflictualismo, al relativismo, al pragmatismo y al reformismo de cada sociología en particular.

Padres fundadores

Los padres fundadores de la Sociología, Comte, Tocqueville, Marx y Spencer, aciertan a diferenciar lo que las «Fuerzas Armadas», los «militares» y la propia «guerra» fueron en tiempo pasado, de lo que eran en su propio presente y de lo que podía esperarse de todo ello para el lejano porvenir. Ninguno niega la presencia en la historia del conflicto armado, ni la realidad profesional de unos protagonistas armados. Ninguno desmiente la presencia en su época de estos mismos fenómenos sociales. Pero todos sueñan en un mundo feliz muy diferente al que arrojan los documentos. Las diferencias de matiz, nada desdeñables, acusan que en Comte todavía tiene futuro un militar nuevo, el politécnico, capaz de propulsar la civilización y el progreso; que en Tocqueville sigue siendo válido el militar de las tropas coloniales, sobre todo si se le desplaza más allá de la metrópoli y se le desentiende de los impulsos revolucionarios de las elites universitarias; que en Marx sólo se debería tener en cuenta a los militares y a la misma guerra como obstáculos adicionales a la marcha para el establecimiento de la sociedad sin clases y que en Spencer, el más displicente respecto a la vigencia del profesional de las armas, nada particular debe decirse sobre los militares porque son sólo unos fantasmas del pretérito.

Las cuatro perspectivas, —la positivista de Comte, la historicista de Tocqueville, la materialista de Marx y la evolucionista de Spencer— dejan en mal lugar a las instituciones militares. Veámolas, una a una, con el ánimo dispuesto a reconocer que las cuatro siguen pensando en las opiniones sobre las Fuerzas Armadas que, aquí y ahora, se hacen patentes.

El positivismo de Auguste Comte

Comencemos subrayando el lugar que la figura clave para el nacimiento de la Sociología moderna asigna al sector militar de la sociedad. El tipo de sociedad que él consideró periclitado en grado sumo —el teológico militante—, fue precisamente aquel en el que el guerrero debía de sentirse como pez en el agua. El sabio tiene que dejar ahora en la cuneta de la historia al sacerdote, al igual que hará el empresario con el guerrero. La guerra será un fenómeno anacrónico en el marco de la ya inevitable y progresiva sociedad industrial y los militares una nómina de hombres declarada a extinguir.

No obstante, el positivismo de Comte le dará una última oportunidad al militar que quiera convivir con él en la sociedad urbana e industrial. Ya lo había anunciado su maestro Saint Simon. Todavía una fracción de los militares, —la politécnica—, puede darle un giro substancial a la carrera de las armas. El hombre positivista, que necesita poner orden para luego acertar a prever el futuro, habrá de contar con los militares enamorados de la industria y del progreso. Del saber prever, estos militares saltarán a su lado hasta el saber proveer. El saber positivo, entendido como régimen de los hechos, deberá ponerse al frente de los viejos ejércitos y transformarlos en eficaces. El positivismo de los nuevos militares, tan laicistas como humanitarios, sabrá atenerse entonces al modo como las cosas funcionan de hecho, descubrirá tempranamente las leyes de la guerra y así logrará dominar todos los acontecimientos en beneficio del diseño feliz de la sociedad industrial.

El historicismo de Alexis de Tocqueville

Alexis de Tocqueville, conceptualmente menos ambicioso que el teórico Comte, prefiere contemplar sólo un tramo de la historia universal y lo hará con una excepcional capacidad

interpretativa. Su obra no pretende ir mucho más allá en su memoria de donde le quedan unos pocos recuerdos de su infancia ni caminar demasiado lejos en la dirección de las previsiones futuristas. Tocqueville sabe que ha nacido en un mundo donde los militares, las guerras y las instituciones armadas estaban presentes y muere en otro donde todo aquello sigue estando a la vista aunque de otro modo. Habrá, pues, de momento, militares, guerras e instituciones armadas tanto allí, donde el principio aristocrático de gobierno aún conserve vigor para prevalecer, como allí donde el principio democrático logre arrebatarse su sitio para situarse al frente de una comunidad política de hombres libres.

Tocqueville percibe que se dará un paralelismo entre el destino, ya conocido por él, de la nobleza francesa y el porvenir, todavía desconocido, de los nuevos mariscales de Francia. Ni aquella vieja nobleza del antiguo régimen, ni los generales del nuevo tomaban parte de la Administración propiamente dicha, es decir, ni unos ni otros se habían ocupado de los asuntos que ponen en contacto directo con el pueblo. Lo curioso es que se estaban dando dos circunstancias propicias para el éxito relativo de los nuevos militares: la fatiga de la imaginación, tras el desencanto de los ímpetus revolucionarios y la voluntad de anexión de territorios ignotos. Ambas circunstancias llevaban al desmedido elogio de quienes sabían derrotar con las armas en la mano a los líderes de los pueblos rezagados o decadentes.

De aquí, concluye Tocqueville, parece deducirse que conviene que las Fuerzas Armadas se sitúen lejos de la metrópoli para instruirse y convivir y que se les tolere el cultivo de una liturgia específica en una zona privativa de valores éticos. Lo militar no queda, como en Comte, declarado a extinguir sino obligado a conservar como válida para los tiempos modernos sólo una parte substancial de sus usos y costumbres.

El materialismo de Karl Marx

El materialismo de Marx rompe las hostilidades con el sector militar de las sociedades burguesas, en principio, como Comte, porque le contempla ya convertido en residuo de un mundo periclitado y en segunda instancia, como Tocqueville, porque le percibe ya instalado en la periferia del desarrollo de la sociedad capitalista. El conflicto «poder militar-sociedad civil», clásico para el liberalismo, le parece a Marx un falso choque, una contradicción vacía, que sólo sirve para sostener un edificio injusto de intereses. La verdadera lucha de clases colocará a cada cual en una nueva posición. En el conflicto «revolución-reacción», que es el auténtico conflicto, el sector militar de la sociedad desplegará, según todas las previsiones, frente a las masas populares. Ésta es la razón por la que procede sea descalificado sin paliativos.

El poder militar —una expresión que no usa Marx— no está en la esencia del poder de la burguesía sino la burocracia civil. Pero esta burocracia civil se hará tanto o más militarista cuanto mejor perciba que tiene los días contados. El materialismo dialéctico es básicamente antiburocrático y antiburgués y sólo circunstancialmente antimilitar. El enemigo a batir es el sistema productivo del capitalismo. Los guerreros de los antiguos tiempos y los militares de los tiempos nuevos son sólo los acompañantes instrumentales de una defensa de intereses.

Cabe, sin embargo, una táctica revolucionaria que disgregue a algunos militares del servicio al capitalismo y que les convierta temporalmente en peones de brega al servicio de la revolución. Estos profesionales de las armas sólo sirven como instructores de las masas para el hallazgo de los modos de vencer a los ejércitos regulares.

El evolucionismo de Herbert Spencer

También Spencer, como Marx, se va a dar por satisfecho con el traslado a las Ciencias Sociales de los postulados naturalistas de Darwin. Solamente sobreviven en la lucha por la existencia los más fuertes. Y, —he aquí lo sorprendente—, los más fuertes entre los grupos sociales para Spencer ya no son los militares. Spencer afirma, con más energía que Marx, la superior fortaleza del estado industrial en relación con el estado militar. No es necesario que se funde, como quería Comte, una organización centralizada, un sistema burocratizado, planificado y tecnocrático de poderes sino que basta, como sugería Tocqueville, darle rienda suelta a la naturaleza de las cosas para que se instaure un sistema individualista que sabrá vivir de espaldas a la autoridad del Estado y que desde luego, ejercerá automáticamente la máxima displicencia respecto al innecesario prestigio social de los militares.

En Spencer está más claro aún que en Marx que el enemigo del progreso social y del bienestar público es el nefasto militarismo. El aliado natural de las gentes es el sano industrialismo. En la obra de Spencer nada sería más absurdo que una alianza entre las pretensiones de la fuerza militar y las de la técnica industrial. El mal, es decir, lo que garantiza el futuro, es el industrialismo. La guerra fue, pero ya no lo es, el lazo roto entre el mal y el bien por obra y gracia de la modernidad. La sociedad industrial ha recobrado la libertad. Es ya una sociedad internacionalista, partidaria de la paz universal y fomentadora de planes económicos de desarrollo. Cualquiera que sea la actividad de los antiguos gobiernos y del militarismo residual, el éxito de la sociedad industrial está asegurado.

Grandes maestros

Los hijos de los padres fundadores, los maestros Durkheim, Weber, Pareto y Parsons, por este orden cronológico, censuran las cosmovisiones decimonónicas de los padres con tanta mayor energía cuanto más pretenciosas hubieran sido éstas. Los resultados del cambio social incoado por la modernidad no están determinados ni tienen trazados de antemano los rieles por donde circular con mayor o menor resistencia. La realidad es compleja y se producen efectos perversos, es decir, resultados que contradicen la intencionalidad de los actores. Los hombres en comunidad, como decía de sí mismo San Pablo en soledad, no hacen el bien que quieren sino el mal que aborrecen.

Las Ciencias Sociales, según los grandes maestros, han de superar el desencanto por la vía de las cautelas. Y habrán de tomar en consideración la no evitada frecuencia de las apelaciones políticas a la violencia armada para así acertar a percibir el *rol* que deberán asumir los militares de carrera. Los grandes maestros descubren que hay problemas estructurales que generan conductas desviadas (Durkheim), que hay formas variadas de dominación que generan rebeliones cruentas (Weber), que hay desequilibrios sociales que generan arbitrariedades del poder (Pareto) y que hay, finalmente, interacciones sociales que generan insoportables disfunciones en los comportamientos (Parsons). En el seno de este mundo en ebullición de ideales e intereses, el monopolio estatal de la violencia racionalizada puede cambiar de manos pero nunca debería llegarse a coyunturas en las que queden las armas a merced de los instintos colectivos. No se puede seguir creyendo en la inminencia de una sociedad sin guerras, sin disturbios, sin violencia. Tampoco seguir soñando en la probabilidad de una sociedad sin elites dirigentes y mucho menos en la posibilidad de una sociedad indiferenciada sin funciones especializadas, entre ellas sin la función militar y social de las Fuerzas Armadas.

Los cuatro grandes maestros distinguen las alteraciones del lugar de las Fuerzas Armadas, de los militares y del fenómeno guerra que se deben al nivel de los tiempos. Lo buscan, primero, en las circunstancias del pretérito, después, en la situación verdaderamente dada ante sus ojos y, finalmente, en el futuro previsible, pero lo hacen con un talante francamente pesimista. Habrá un notable parecido, a su juicio cargado de realismo, entre los conflictos ya registrados como históricos y los que se anuncian como ajustados al porvenir. Ese mundo feliz, ligeramente profetizado por los padres fundadores, ni está en la realidad social de los pueblos desarrollados ni se vislumbra en el horizonte de la humanidad rezagada. Lo que hay —y lo que seguramente habrá— es y será radicalmente conflictivo. Se resaltarán nuevos desequilibrios, se agudizarán las distancias para la participación en la toma de decisiones y se harán obligatorias las alertas para aminorar los daños que acompañan a los saltos hacia adelante y a las transiciones modernizadoras de los países nuevos.

El estructuralismo de Emile Durkheim

A Durkheim el modelo corporativo de organización de las comunidades nacionales —él pensaba en Francia— le parece la única salida capaz de remediar la inestabilidad del mundo moderno. Pero, intuitivamente y ya desde su posición de partida, toda su obra está polarizada hacia el privilegio del sector donde él mismo resultó colocado, el de los profesores. Durkheim subraya el contraste entre la radical insuficiencia del grupo social de los militares para orientar el futuro y la neta capacidad de los profesionales de la enseñanza para alumbrarlo. Durkheim cree que en todo tiempo hubo, y por consiguiente habrá, tantas morales como tipos sociales, pero la moral militar en su tiempo ya ocupaba uno de los escalones más bajos. El vértice de la ética social contemporánea está puesto, según Durkheim, sobre las universidades.

El objeto de las Ciencias Sociales ya no es la formación del héroe sino más bien la del antihéroe. La finalidad del sistema educativo consiste en reducir la influencia social de las solidaridades mecánicas, propias del ámbito castrense, por la de las solidaridades orgánicas, propias de la vida universitaria. El riesgo está en que irrumpa y se amplíe una conducta marcada por la falta de solidaridad, es decir, por la anomía. El avance de la insolidaridad puede provocar el retorno, desde luego indeseable, de la solidaridad mecánica.

El conflicto armado —en tiempos de Durkheim se dirá la Gran Guerra— propicia por cierto tiempo todo lo que conduzca a una integración más fuerte de la sociedad. Esto es inevitable, pero, según Durkheim, también hay que cuidarse del exceso de solidaridad porque este exceso defrauda, provoca suicidios y deshumaniza precisamente a los que están dotados de creatividad.

El formalismo de Max Weber

Max Weber desarrolla en sus escritos una concepción de la vida social más abierta y menos marcada por sus personales creencias, deseos y preferencias que Emile Durkheim. En la sociedad, viene a decirnos, hay relaciones de mando y de obediencia, —formas de dominación— cuya concreción más acabada se alcanza, de acuerdo con la intuición de Hegel, en el seno de esa estructura de poderes que llamamos Estado. La legitimación del derecho a mandar y la del deber de la obediencia no se produce de manera unívoca sino en razón de unas alternativas. Los hombres en sociedad unas veces obedecen a líderes carismáticos o caudillos, otras secundan las enseñanzas de la tradición, y finalmente, otras se atienen a

normas jurídicas consensuadas que ellos mismos preparan de antemano con inequívocas pretensiones de racionalidad. Pero en las tres formas de dominación creadoras de estabilidad, —de Estado— aparece un elemento agazapado que sabe transmitir eficazmente la voluntad del poder y que es la burocracia. El que la burocracia sea civil o militar no cambia la naturaleza de las cosas. Es una cuestión secundaria que no elimina del todo la búsqueda, —subordinada o no a la sociedad— de un lugar donde funcionen aceptablemente las instituciones militares. En todas las situaciones que se consideren modernas, el Estado monopoliza el empleo de la fuerza armada, es decir, domina la violencia de las armas.

La sociedad moderna tiene que darse cuenta de que, además de la burocracia estatal, alienta en ella un complejo de formas de religiosidad y un abanico abierto de posibilidades para la conducción de los conflictos internos o exteriores al Estado. Lo que ocurre es que el Estado, que difícilmente sujeta a los titulares de la religiosidad, fácilmente subordina a los titulares del espíritu militar. El militar de carrera es el primer servidor del Estado. Cualquier fragmento de la vida social que tenga acceso al poder del Estado está en condiciones de impresionar al comportamiento de los militares.

El elitismo de Wilfredo Pareto

La escuela elitista de sociología, en donde la figura de Pareto se yergue como un gran maestro, está resultando fácilmente adscrita a una teoría sociológica del poder que otorga un puesto preeminente a la cúpula de las instituciones militares. Pero se trata de una apreciación que no se corresponde con la realidad ya que Pareto adora a la fuerza sólo en la medida en que no sea una fuerza militar.

Pareto fue un crítico de la realidad de su tiempo que, en principio, luchó por el descrédito de los grandes racionalistas que habían reducido la marcha de la historia universal a una sola línea de desarrollo. A su juicio, la Sociología, si quería ajustarse a la realidad, tenía que abarcar en su seno las formas de conducta rituales y simbólicas, los errores sistemáticos no intencionados, los resultados imprevisibles del abuso del poder, etc. Esta atención globalizante de lo razonable y de lo instintivo quizás estuviera atravesada por la misma obsesión por la decadencia de Occidente que llevará a sus libros Oswald Spengler. Pero en sí misma no tenía porqué desembocar en la esperanza de que un puñado de soldados salvara a la civilización una vez más.

Pareto insiste en que el viejo fenómeno de las aristocracias militares, que se localiza en el feudalismo, es también un fenómeno de nuestro tiempo, ya que la idea de forzar la marcha de los acontecimientos a viva fuerza es intemporal. El objeto de la Sociología es tomarse en serio el problema de la circulación de las elites precisamente, aquí y ahora.

Porque —y he aquí lo esencial de su mensaje— no es el militarismo de una estirpe sino el exceso de humanitarismo, la ingenua confianza en los pacifistas, el sueño fácil en un futuro sin conflictos y el abandono en la bondad innata de los sentimientos de una sociedad lo que acaba irritando a las bases sociales y lo que anuncia la pronta entrada de toda ella en un período de guerras y de revoluciones.

La teoría elitista de Pareto no se reduce a una apología de la fuerza que engendra el Estado burocrático. Va más allá de las Fuerzas Armadas para ofrecer una explicación realista de la crisis sociopolítica de nuestro tiempo a su juicio causada por los especuladores.

Es la sociedad civil la que tiene a su cargo el relevo de los dirigentes civiles por otros dirigentes civiles.

El funcionalismo de Talcott Parsons

En la ingente obra de Parsons culmina la actitud de los grandes maestros como algo diferente en casi todo a la actitud de los padres fundadores. Parsons afirma la funcionalidad del conflicto armado incluso para la pronta recuperación del equilibrio social perdido. Pero no juzga necesario ni conveniente que se asigne a los militares un papel corrector de las decadencias o negador de las anarquías. Las Fuerzas Armadas, con todo, pueden ser útiles, tanto para vivir en el seno de una democracia consolidada como para salir ordenadamente de una situación totalitaria y llevarla hasta un régimen autoritario y para restringir, paso a paso, el autoritarismo y abrir la senda hacia la democratización.

La obsesión del funcionalismo parsoniano está en la recuperación de la armonía que considera viable por muchas y graves que sean las desviaciones de la norma. Lo más científico en Sociología es aquello que sirve para decidir si un fragmento del mundo está equilibrado o en conflicto. Pero la evidencia de una conflictividad latente no es necesariamente negativa para el progreso porque todo conflicto puede convertirse en funcional. El conflicto ayuda a salir de situaciones injustas. El *rol* que se revela en la capacidad de resolución de conflictos cumple las cuatro funciones especializadas que nos devuelven la armonía, —la adaptación, la integración, la atención hacia las metas y la posibilidad de realización de lo latente. El poder —y por lo tanto la fuerza que obedece al poder— es un recurso del sistema social que ayuda a resolver el problema del orden.

Lo más grave siempre será la conducta desviada de las instituciones colectivas. Pero Parsons insiste en que en la civilización occidental ya no es probable que las instituciones militares se desvíen de sus misiones legales. Las sociedades modernas han ejercitado correctamente el uso de controles y las sociedades en vías de modernización, disponen actualmente de sectores militares que suelen ser más hábiles que otros sectores civiles para aproximarse, paso a paso, al ideal de la modernidad en términos políticos.

Notables teóricos

El francés Gaston Bouthoul, fundador de la sociología de las guerras o polemología, el también francés Raymond Aron, figura destacada en el ámbito de las relaciones internacionales, el norteamericano Morris Janowitz, creador de la sociología de aplicación militar y el alemán Ralph Dahrendorf, certero revisionista de los tópicos fatalistas acumulados en la trayectoria de la Sociología general, han realizado ante los ojos de los estudiosos del sector militar de la sociedad un ingente esfuerzo de objetividad que nos permite abordar con ideas nuevas la vieja cuestión del lugar de las Fuerzas Armadas en las Ciencias Sociales.

Se trata de cuatro autores, metodológicamente diferentes, que ni siquiera participan del mismo grado de contemporaneidad. Tres de ellos han fallecido en fechas no demasiado alejadas de las últimas décadas del siglo XX. Dahrendorf, el único superviviente, ha podido beneficiarse de la evidencia del desvanecimiento de las estructuras del poder nacidas al abrigo del materialismo dialéctico. Pero antes de Dahrendorf, ya Gaston Bouthoul había

corregido las tesis colectivistas de Durkheim, ya Raymond Aron había personalizado las tendencias individualistas de Weber y ya Morris Janowitz había abierto brecha en las conclusiones antimilitaristas de Spencer. La guerra, los militares y las instituciones armadas están en la realidad social y de ninguna manera estos fenómenos se alimentan mutuamente para crecer al unísono. Las instituciones armadas pueden formar militares nuevos capacitados para la reducción y, quizás, para la eliminación del fenómeno «guerra» y por analogía del fenómeno «revolución».

No se puede negar que Bouthoul y Aron todavía se mueven en la atmósfera de unas claras previsiones conflictualistas. Si los hombres no lo remedian, merced a un impresionante alarde de ética, los grupos sociales organizados reproducirán situaciones propicias para el estallido de guerras y revoluciones. Contrariamente, Janowitz y Dahrendorf apuestan por el diagnóstico de una mayor armonía internacional si, como parece probable, se corona un cambio substancial en la funcionalidad de las Fuerzas Armadas y se propicia un cambio accidental en la operatividad de estas mismas fuerzas para la resolución de los conflictos menores o conflictos de baja intensidad, cada día más probables.

El conflictualismo de Gaston Bouthoul

Bouthoul convierte a la guerra en un epifenómeno que acompaña a otros fenómenos, a su juicio, más estructurales que coyunturales. Hace uso de unos amplios conocimientos pluridimensionales —de psicología, economía, demografía, historia y sociología, ante todo—, para dejar fuera de juego la fácil postura de los ideólogos que tienden a fijarse en una sola causa para las guerras y a reducir a un solo principio todas las impulsiones que generan conflictividad. Es el trazado de los grandes ciclos y la búsqueda dentro de ellos de las coyunturas más críticas, lo que nos da la clave para la predicción de los males y el aminoramiento de los daños del conflicto de grandes intereses y de sangrienta solución que llamamos guerra.

Según Bouthoul la línea de ruptura de la convivencia pasa siempre muy cerca de las fronteras culturales, es decir, de los espacios donde se han estabilizado, frente a frente, dos mentalidades diferentes desde su raíz. La decisión de apelar a las armas está unida al progreso tecnológico que pone a disposición de una de las partes la mayor capacidad de doblegamiento de la voluntad del vecino.

El lugar de las Fuerzas Armadas en la escuela conflictualista de Bouthoul no está suficientemente precisado. Es la etiología del fenómeno bélico y el análisis de las funciones que éste atiende lo que le obsesiona a Bouthoul, nunca el papel asumido por los militares de carrera. A lo sumo aparece una orientación general que investiga la función de los tecnólogos militares —las invenciones de armas— y que explica la función didáctica de los instructores militares de las Armas combatientes —los ejercicios y las maniobras: La guerra, en esta perspectiva, es la lucha armada y sangrienta entre agrupaciones apasionadas de gentes —no se dice ejércitos— que no encuentran en el riesgo de perder la vida razón suficiente para evitarla. Los hombres que están más obligados a no perder durante el combate la serenidad son precisamente los militares de carrera.

El relativismo de Raymond Aron

Para Raymond Aron la guerra es, sobre todas las demás aproximaciones a su esencia, un camaleón. El mejor punto de partida para conocerla radica en no olvidar la historicidad de

todas las guerras y la complejidad interna de cada uno de los conflictos bélicos. De aquí que el oficio de las armas haya de dotarse de una tipología abierta en abanico capaz de relevar a unos militares por otros si así lo va exigiendo la naturaleza de la conflictividad verdaderamente dada. La pluralidad de las armas disponibles, la incompatibilidad ideológica de las estructuras del poder, las inmensas diferencias entre las posibilidades de los grandes Estados respecto a los pequeños, etc., hacen de los conflictos bélicos en presencia un apasionante espectáculo que no se deja reducir a fórmula alguna de obligado seguimiento. La guerra tiene un color diferente en cada coyuntura y resulta muy complejo el arco iris que se forma al acercarse a la guerra la lupa del analista.

Pero a pesar de tan impresionante relativismo se dan notables aproximaciones en el estilo de guerrear de quienes apelan a las armas respectivamente en el marco de las grandes potencias o de las naciones medias o de los grupos rebeldes y bandas armadas que surgen del vacío de poder en las naciones pequeñas. La técnica enriquece también la capacidad de los medios para la pequeña guerra, para las fuerzas irregulares y para las mismas partidas de delincuentes del terror. La sustitución de una estrategia de la acción, hoy condenable por las potencias medias en términos de civilización, por una estrategia para la disuasión, hoy recomendada como preferible por las grandes potencias, puede lograrse tanto en los consejos de seguridad de las alianzas militares como en el seno de los frentes de liberación creados por pequeños poderes tan clandestinos como emergentes. Pero lo decisivo sigue estando en la esfera de la acción. Sólo las estrategias de la acción deciden. La ausencia de decisión por causa del empleo en solitario de la disuasión será siempre el lógico resultado del concepto mismo de disuasión.

En el relativismo internacionalista del liberal Aron hay, por lo tanto, un lugar para las Fuerzas Armadas y dentro de ese lugar un puesto privilegiado para el reflexivo militar de carrera que cultiva la estrategia. El resto de las funciones militares para la acción se da por supuesto en la medida en que las decisiones tácticas, los designios estratégicos y las resoluciones políticas sigan en manos de sucesivas elites todas ellas razonables, sensatas, personalizadas y en definitiva, conscientes de su responsabilidad.

El pragmatismo de Morris Janowitz

La posible funcionalidad de la estructura militar de las alianzas puede ser abordada desde una perspectiva colectivista, que organice síntesis englobadoras de movimientos sociales anónimos por la paz (caso del conflictualismo de Gaston Bouthoul) o desde otra perspectiva individualista, que seleccione ideas certeras de hombres eminentes, en principio, elevados al nivel donde se toman las decisiones más prudentes (caso del relativismo de Raymond Aron). Pero puede también abordarse desde una perspectiva pragmática, inclinada hacia el individualismo ocupacional de los militares (caso de Morris Janowitz) o desde una perspectiva reformista, proclive al colectivismo institucional (caso de Ralph Dahrendorf).

Para Morris Janowitz el riesgo de producir disfuncionalidades internas o externas por causa de los militares nos llega a los tiempos modernos desde la concepción absoluta de la profesión de las armas que se desarrolló a las puertas del siglo xx en brazos de la obsesión europea por la institucionalización del oficio de las armas. El mejor correctivo habrá de ser el retorno a la concepción pragmática norteamericana de finales del xix, nada absoluta en sí misma sino relativa, que se ceñía a los problemas verdaderamente dados. Funciona como reto a unos hombres de uniforme temporalmente ocupados en el mejor empleo de

los medios coactivos del Estado, es decir, como prueba que deben superar los mandos competentes de las Unidades militares mientras duren esos problemas. El sólo cambio substancial, que va desde la institucionalización de la fuerza armada en sentido idealista hasta la reducción a términos ocupacionales en sentido pragmático de esa misma fuerza armada, contiene el primer mandato, todavía pendiente de ser cumplido, que las Ciencias Sociales dan a las potencias más avanzadas del mundo occidental en materia de seguridad y defensa: impedir que los militares de carrera alimenten su conciencia de identidad.

El reformismo de Ralph Dahrendorf

Para esa especie de profesor vagabundo, que es como se considera a sí mismo el alemán Dahrendorf, la orientación ajena al cultivo por los militares de su profesionalidad específica que propugna el norteamericano Janowitz, no es un buen camino. Es mejor el contrario, el que enfatiza los rasgos de la profesión de las armas y los institucionaliza de nuevo.

La única política posible para el mejor sostenimiento de las libertades es aprender a vivir con el conflicto a cuestas. Y no hay mejor modo para alcanzar este objetivo que el de propiciar cambios estratégicos que amplíen las opciones electivas de las gentes capacitándolas, día tras día, para que ellas mismas quieran elegir. Al mismo tiempo, se debe reconocer la presencia del conflicto y se debe disponer de las personas aptas para resolverlo positivamente.

El conflicto —también la guerra y desde luego las revoluciones— tiene que ser domesticado por la actividad de las instituciones para que sea útil. La guerra tiene que ser conducida por los mandos militares bajo la correspondiente directriz política para que estalle la paz duradera. El cuidado por la moral de las instituciones armadas aparece como uno de los primeros deberes a cargo de los responsables del cambio de estrategia que habrán de realizar los reformadores. Sólo así disminuirá la extensión del espacio que todavía ocupan en la realidad social la guerra y las revoluciones.

La decepción actual sobre los resultados últimos del recurso a la violencia generalizada para la superación de los conflictos mundiales tiene que ser aprovechada para revisar la prioridad de las funciones institucionales ayer manifiestas y hoy simplemente latentes. Habrá que concluir que, quizás, se deba invertir su antigua calificación. Se trata de poner en primer plano lo que parecía oculto y dejar en la sombra lo que se aceptaba sin crítica como obligado.

El reformismo de Dahrendorf está a favor de la sociedad libre, es decir, de aquella que ofrece opciones y que no impone los modos de utilizarlas. El cambio estratégico propuesto por Dahrendorf parte del supuesto de que cualquier definición del otro como enemigo en el seno de la propia comunidad es equívoca y errónea.

Hay que caer en la cuenta del error de haber desplazado del centro de gravedad de los mayores conflictos de los tiempos modernos a las instituciones militares provocando un vacío y de haberlo llenado, los totalitarismos de derechas, con el culto a la personalidad y los totalitarismos de izquierdas, con la apología de unas masas ciegas. Las instituciones —también las instituciones militares— siguen teniendo una especialización funcional notable, grave, seria, etc., para aquellas situaciones tangentes con la razón de ser de su nacimiento. Hay que contar con las Fuerzas Armadas, debidamente institucionalizadas, para la resolución de los conflictos donde se exhiben los medios de ofensa y de defensa que la tecnología moderna sigue llamando armas.